

15 de Mayo de 1909. Año VI. N.º 129.

Redacción y Administración: Campomanes, 10, entresuelo. Apartado en Correos n.º 445.

Los guardias de la Paz en París

HABLABA hace días con el Director de la Revista MUSEO CRIMINAL acerca de las impresiones recogidas durante mi estancia en París, sobre los ponderados súbditos del célebre M. Lépine, los guardias de la Paz, y requerido cariñosamente para que trasladara á las cuartillas algo de lo dicho de aquellos beneméritos servidores del orden, con objeto de que los lectores de esta Revista conocieran algunas particularidades de aquella institución, no pude excusarme, y ahora me pesa muy de veras, pues que la poca costumbre de escribir para la imprenta hará, sin duda alguna, poco interesante este escrito. Perdón de antemano á los benévolos lectores, en gracia á los buenos deseos que nos animan, y, conseguida tal gracia, entremos desde luego en materia.

***

Suponéos en París, en la hermosa capital del mundo, y á cualquier hora del día ó de la noche, en plazas y calles, en todos los rincones de la inmensa urbe, encontraréis á los agentes y guardias de la Paz, velando constantemente por la seguridad de todos y poniendo en respeto al formidable ejército de *apaches* que allí tienen sus reales. No creáis que se improvisan esos fieles guardadores del orden; han de llenar gran número de condiciones, han de someterse á múltiples pruebas antes de ser admitidos en el Cuerpo, y luego de escogidos con severo cuidado, todavía son sometidos á una instrucción profesional adecuada, que les hace aptos para desempeñar su difícil cometido. Si queréis formaros una ligera idea de lo que es y cómo vive el guardia parisién, pasad la vista por estos incoherentes renglones.

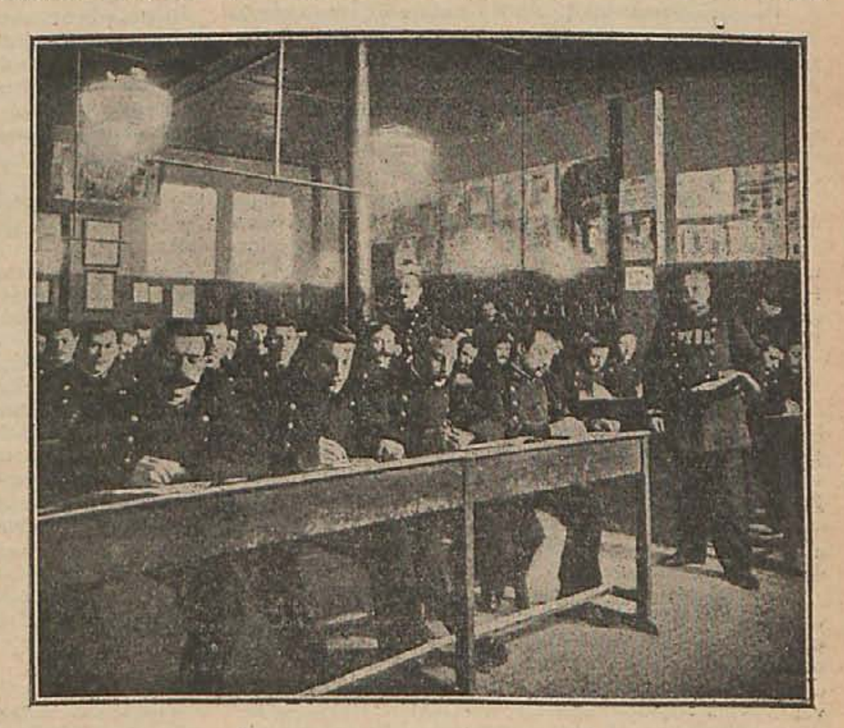
***

Para apreciar en su justo valor la utilidad de la vigilancia exquisita de los agentes de la Paz, precisa trasnochar algo, estar en la calle á las dos de la madrugada, cuando las luces del teatro, del baile ó del restaurant se apagan; cuando las sombras de la calle se hacen inquietantes, proyectando extraños contornos; cuando andamos con paso ligero, algo medroso, atemorizados, sin encontrar una tienda abierta, viendo deslizarse por las paredes siluetas de malandrines, oyendo silbidos secos que nos hielan la sangre, presentándosenos bultos sospechosos que nos hacen temblar. Entonces, y sólo entonces es cuando apreciamos de veras la alegría que nos produce el oir la cadencia acompasada de los pesados pasos de esos guardianes de nuestra existencia y de nuestros intereses, que surgen de las sombras, haciéndonos recobrar la serenidad perdida.

***

Para servir en el Cuerpo de guardias de la Paz suelen presentarse anualmente unos 4.000 aspirantes, la mayoría provincianos, de veintiuno á treinta años, límites de edad, á no haber sido suboficiales, en cuyo caso se les admite hasta los treinta y cinco años. La primera cualidad que se exige á los aspirantes es la talla de 1,70 metros como mínimum, y una robusta complexión, músculos de acero, sobre todo. A tal efecto, la primera prueba á que se somete al pretendiente es el reconocimiento facultativo, practicado con gran escrupulosidad por los médicos de la Prefectura.

Hoy en día, el agente más grande de París, al que corresponde el *record* de la talla, es un tal Lucas, de la primera compañía. El *apache* que en sus manos caiga,



Un aula de la escuela de los guardias de la Paz. Mr. Lesage dando clase de escritura.

© Biblioteca Nacional de España

puede encomendar con fervor su vida al diablo, pues este *angelito,* que tiene puños proporcionados á su talla, no alcanza más que una estatura de 1,98 metros. Con su kepis puesto, sólo mide 2,10 metros. ¡Eso sí que es un rompetallas!

En el noveno distrito hay otro agente, llamado Lefebre, que no es de tanta estatura, pero es un luchador de primer orden, que en Tien-Tsin ganó el campeonato internacional de lucha.

Pero no bastan fuerza y talla para ser agente, pues son despiadadamente eliminados los aspirantes que tengan la más ligera mancha en su pasada conducta, los que hayan sufrido la menor corrección, por insignificante que la falta fuera. No hace mucho fué expulsado un agente de los mejor conceptuados, por haberse averiguado que cinco años antes de su ingreso había sido castigado en su pueblo por una infracción á la ley de Pesca. Esto sólo basta para evidenciar la cuidadosa selección del personal.



Clase práctica de socorros á heridos.

Al cesto van las instancias que adolecen de faltas de ortografía. El Comité que se constituye todos los sábados en la Prefectura para examinar los expedientes de los aspirantes, desecha, por término medio, sólo por faltas ortográficas, un 30 por 100 de instancias. Y no para ahí la cosa, pues M. Lépine, que está orgulloso de sus agentes, como un padre de sus hijos, no pasa por tener *fachas* entre sus subordinados, y ayudado por M. Tonny, jefe de la Policía municipal, examina detenidamente á los pretendientes, escogiéndolos por su tipo y presentación. El que no tiene bigote, que cuente que no será guardia de la Paz.

Unos 4.000 son los llamados cada año, como hemos dicho; pero los elegidos son muy pocos. En 1903 ingresaron 400; en 1904. 781; en 1905, 760, y en 1906, 468. En fin, una vez admitidos, son llamados á cubrir bajas según las necesidades del servicio, y entonces se abre ante ellos el almacén de indumentaria, aturdiéndoles con sus estantes repletos de ropas y los brillantes reflejos de chapas y botones. La Prefectura abre al agente un crédito de 120 francos, y por ellos se viste magníficamente nuestro neófito. Lépine ha encontrado el medio de vestir á su gente bien y barato; júzguese por algunos precios: un capote magnífico, que cubre de pies á cabeza, 30,45 francos; una linda esclavina, 24,39; un pantalón de última moda, 11,76; pantalón de lienzo para verano, 3,98. Dígasenos si no es eso casi regalado.

***

Sable al costado y revólver al cinto, sale nuestro hombre á prestar servicio, pero con la obligación de asistir á la escuela que M. Lépine creó en 1883 y que desde entonces funciona en el segundo piso de la Prefectura de Policía. Dos grandes salones amueblados con largas mesas negras y con cuadros pendientes de las paredes, negros también, sirven de aulas á los singulares escolares de crecidos bigotes.

Los agentes acuden á la escuela cada tercer día, de ocho á once. De ocho á nueve se dedica el tiempo á la escritura al dictado; el inspector principal Lesage lee un texto cualquiera, comentando uno de los mil acontecimientos de la vida diaria en que el agente deba intervenir. A la voz del inspector, trescientas cabezas se inclinan sobre el papel, en que las manos hacen correr la pluma con gran circunspección. Las faltas de ortografía no se disimulan; en seguida van á figurar en el cuadro negro, y el culpable se confunde ante las miradas irónicas de 600 ojos.

Las atrocidades del lenguaje extravagante de los guardias de *vaudeville* desaparecieron con la creación de la escuela. Hoy, el guardia de la Paz es instruído; no será doctor en Ciencias precisamente, pero es incapaz de los disparates que decían los guardias de hace treinta años, disparates que perduran en la memoria de los parisienses y que constituyen la comidilla de burlas y risas de los escolares bigotudos. Todavía es célebre aquel parte que daba un honrado guardia, diciendo que el médico había encontrado en el cuerpo del paciente *esquimales* numerosos (por decir *equimosis),* y aquel otro que cerraba un atestado diciendo que el herido no podía firmar por tener los pies destrozados.

De nueve á once queda tiempo al agente para hacer entrar en su cabeza un mundo de conocimientos; le es preciso fotografiar en el fondo de su magín la forma en que se extienden los innumerables papeles que tiene obligación de exigir en la vía pública: licencias de coches, certificados de aptitud de cocheros, *carnets* de capacidad de *chauffeurs*, tarjetas de todas clases y colores, azules, verdes, amarillas, rojas, anaranjadas, de que tan orgullosos se muestran los franceses para acreditar su calidad de periodistas, fotógrafos, diputados, senadores, secretarios, diplomáticos. Tal es el cúmulo de documentos de identidad, que por avispado que sea el agente no puede vanagloriarse de no ser engañado. Se recuerda todavía en la Prefectura el caso de un respetable señor, muy bien portado y distinguido, que no faltaba á ninguna ceremonia oficial, á ninguna recepción, solemnidades académicas ,inauguraciones, etc , haciéndose pasar siempre como embajador de una potencia extranjera. Un día, al fin, á la entrada de una exposición de pinturas, se encontraron frente á frente el falso y el verdadero embajador; se descubrió el pastel, y el buen señor ya no pudo seguir disfrutando las ventajas de su fingida posición.

Para que juzguen los lectores el embrollo de tarjetas, bastará decirles que hasta los empleados del ramo de alcantarillas llevan un *carnet* de identidad. Y por cierto que son las tarjetas que con más cariño estudian y comparan los agentes, pues al que ocupa una de estas tarjetas falsas se le dan de premio 50 francos. Y se explica este premio, pues en París, donde el hampa es tan numerosa y atrevida, hay quien se dedica á meterse por los registros de las cloacas, merced á tarjetas falsas, y robar luego, tranquilamente, los cables subterráneos.

No se desperdicia el tiempo en la escuela; diariamente se dan conferencias, en las que se analizan detenidamente temas diversos, exponiendo sobre cada uno todos los casos y accidentes imaginables. Las cosas que parecen á primera vista más nimias, tienen verdadera importancia para el agente; así es que no es de extrañar que se dediquen horas y horas á explicar temas como los siguientes: «el coche en marcha», «cocheros borrachos», «coche atropellado por un automóvil», «caída de un tiesto de flores desde un balcón», etc . etc.

***

Paciencia, dulzura, amabilidad exquisita para con el público: he ahí las únicas palabras que en la escuela se escuchan. Y producen su efecto, pues encontraréis de or-

© Biblioteca Nacional de España

dinario, en los agentes, esas cualidades galantes que tanto y tan bien dicen en su obsequio. Yo he visto á un agente ofrecer, fina y galantemente, el brazo á las señoras que habían de atravesar de una á otra acera, y no es raro contemplar la cortesía con que prestan ayuda para subir á los tranvías y ómnibus á los ancianos y á las mujeres que van cargadas con fardos.

Presencié una vez en el ángulo que forman el boulevard Sebastopol y la calle Turbigo una escena graciosísima. En el imperial de un tranvía iba una dama con un niño grandullón, y por el que se negaba á pagar billete, alegando que no tenía aún cinco años. El cobrador, cansado de disputar, requirió á un agente; éste rogó á la señora que pagara; negativa rotunda; invitación finísima para que bajara del coche; la dama, obstinada, se niega; el público se impacienta por la detención; el agente queda perplejo, no sabe qué hacer, pero de pronto le veo sacar su portamonedas y alargar al cobrador los diez céntimos del billete; el agente baja del coche y éste emprende la marcha entre las aclamaciones de la concurrencia.

Un rincón del cuerpo de guardia.

Al cabo de tres meses de escuela, el guardia de la Paz queda perfectamente instruído. Sabe telefonear tan bien como las lindas señoritas de la Central; sabe leer, en el aparato mismo, un telegrama; practica las tracciones rítmicas de la lengua á un asfixiado, como si fuera un verdadero doctor; sabe curar de primera intención á un herido; sabe y puede trazar el plano exacto de todas las calles que componen la demarcación confiada á su vigilancia. Sólo le falta hablar inglés, alemán, italiano, español, etc.

M. Lépine ha atendido á llenar este vacío, y desde hace dos años, 45 agentes acuden á los cursos Berlitz, donde gracias al ingenioso método que siguen los profesores, obtienen rápidos adelantos los agentes políglotas. Desde primeros del año pasado, prestan ya utilísimos servicios estos agentes Berlitz, como les han bautizado en París, sobre todo á los extranjeros que van á visitar la hermosa capital, y que conocen, por los distintivos que en el brazo llevan los guardias, cuál es el que conoce cada idioma.

* * *

No es cómodo, ciertamente, el servicio que presta el guardia de la Paz. En su regular existencia se confunden noche y día; es preciso dormir al medio día y errar por las calles á las tres de la mañana. Las veinticuatro horas del día están arregladas al minuto. En cada distrito, y según la densidad de la población, hay tres brigadas de 110 á 130 hombres. El distrito de Montmartre, el más populoso de París, con 260.000 almas, necesita 500 agentes. Las tres brigadas de cada distrito se denominan A, B y C, y el servicio se nombra de modo que cada tres días presten las tres igual número de horas de servicio, que son ocho para cada día. Véase el turno del servicio: brigada A, primer día, una á seis mañana y cuatro á nueve tarde, once horas; segundo día, seis á once mañana y nueve á una noche, nueve horas; y tercer día, de once á cuatro, cinco horas.

Hay en París, según las últimas estadísticas, 1.030 kilómetros de calles, y como el turno del servicio no permite tener sobre ellas más que unos 2.000 agentes, cada uno ha de operar, por lo tanto, sobre unos 600 metros de calle. Por la noche, los guardias marchan por parejas, de modo que el recorrido es doble.

No disfruta el agente del descanso semanal. Tiene sólo un día de descanso cada quince; pero muchos lo pierden, pues el más ligero retraso priva de este beneficio.

Además de los guardias de á pie, recorren París, por la noche, 626 agentes ciclistas—las *golondrinas*, como les llaman los *apaches*, de quienes son el terror—agentes que, de sus ocho horas de servicio, hacen cinco encima de sus máquinas, con la cual recorren 50 kilómetros, haciendo cortas paradas. Terminado el recorrido en bicicleta, prestan tres horas de servicio á pie. Estos agentes ciclistas son de suma utilidad y vienen prestando excelentes servicios. M. Lépine está altamente satisfecho de ellos, pues desde su creación han intervenido en 98.000 asuntos, y sólo durante el año 1907 prestaron 24.000 servicios.

Día y noche recorren sin cesar los distritos los encargados de brigada y los inspectores, inspeccionando el servicio y revistando con ojo severo á sus subordinados, que sufren castigos por la más mínima falta. La disciplina es admirable, es verdaderamente militar, y de aquí el resultado que produce el servicio del Cuerpo de Guardias de la Paz.

* * *

Cuenta París con un verdadero ejército de guardadores del orden: 7.000 son los guardias de la Paz, con 880 cabos, 80 sargentos, 28 inspectores principales, 25 oficiales de la Paz y 4 comisarios divisionarios, que tienen á sus órdenes á unos 1.800 hombres. Contando además con el personal llamado de reserva, dispone M. Lépine para asegurar el orden y la tranquilidad de París, de 8.438 hombres.

Ese personal de reserva forma potente é invisible cohorte de compañías. Las cuatro primeras, el *sostén*, como se las llama en la Prefectura, son las que salen á la calle en las grandes ocasiones, en las épocas de graves disturbios. El personal de estas cuatro compañías se compone de gallardos buenos mozos, escogidos entre los más corpulentos y vigorosos; son imponentes cuando se les ve marchar unidos como un solo hombre, con tranquilo continente. Son estas compañías las que se ven en las grandes solemnidades; las que han recibido al czar, á Eduardo VII, Alfonso XIII, Oscar II y á todos los soberanos que visitan París. Fuera de estas solemnidades y de las revueltas y alteraciones de orden público, se dedican estas cuatro compañías al servicio de teatros y de toda clase de fiestas.

La quinta compañía, con sus 242 agentes, está destinada única y exclusivamente al servicio de carruajes. A la una y media se distribuyen invariablemente por todas las grandes encrucijadas, armados de un bastón blanco, señal para detener la circulación de carruajes. El mayor trabajo lo tienen estos agentes en los días de carreras de Auteuil, Longchamps y de otros hipodromos de los suburbios. Calcúlese que se celebrarán carreras en París unos doscientos días al año. Los días de carreras se trasladan los agentes al hipodromo en grandes ómnibus, costándoles el transporte un franco. Pero las sociedades de esta clase de *sport* dan á los agentes que prestan servicio una gratificación de cinco francos, lo que explica que este servicio sea muy codiciado; pero se presta con arreglo á

© Biblioteca Nacional de España

un turno riguroso, y así se impiden rencillas y cuestiones. Y, sin embargo, este servicio es de lo más duro. Desde mayo á agosto concurren por término medio á las carreras unos 4.000 coches, que hay que arreglar á la llegada y á la salida, y ello supone un fatigoso trabajo, erizado de toda clase de incidentes. Y esto en las carreras ordinarias, pues en las del Grand Prix, en las del Grand Steeple y otras, se calcula que acuden unos 12.000 coches y 800 automóviles. ¡Calcúlese el trabajo de los pobres agentes ante tal avalancha!

La sexta compañía – llamada en París la de las «coles» —, está exclusivamente destinada á cuidar del orden en los mercados, y por cierto, que ya tiene bastante que hacer con ello.

***

Los agentes de las compañías de *sostén* hacen guardias de doce horas, que se aumentan á veinticuatro en casos de necesidad, dándoles entonces dos horas de permiso para comer. Las escenas que se contemplan en las amplias salas donde se hacen estas guardias, son pintorescas y divertidas en grado sumo. Parecen totalmente estas salas verdaderos talleres, ¡pero qué talleres! Allá un agente requiere cepillos, peines y navaja, y se apodera de la cara de un compañero; cada día caen en el bolsillo del barbero más de dos francos, á fuerza de rapar cabezas. En un rincón hay un agente que fabrica cepillos, á un lado otro construye redes, otro que pone á unas botas tacones y medias suelas, saca un buen jornalito; otro se entretiene en hacer lindas jaulas; aquél cose botones y remienda pantalones; en fin, todos los oficios están allí representados, todos procuran por distintos medios llevar á casa un sobresueldo que les mejore su modo de vivir. No faltan tampoco holgazanes, que se conforman á cobrar su sueldo liso y llano y que se dedican á decir gracias, contar cuentos, á hacer reir tan sólo. Por haber, había no hace mucho, y quizás continúe allí, un notable prestidigitador.

Terminadas las doce horas de guardia, el agente queda completamente libre hasta el siguiente día.

***

Acabamos de ver que los agentes que pueden, procuran obtener algún extraordinario que mejore sus haberes. Veamos cuáles son éstos. El guardia de la Paz ingresa con 1.900 francos y puede llegar á ganar 2.300, que es el sueldo máximo. Si está bien conceptuado y cumple determinadas condiciones, á los diez ó doce años puede ascender á cabo, cobrando en este empleo 2.400 francos y pudiendo llegar á cobrar 2.500.

El sargento tiene un sueldo de 2.900 á 3.000; el inspector principal, de 3.900 á 4.900. Hay que tener en cuenta que sólo hay 25 plazas de esta categoría para todo París, y que es un caso verdaderamente excepcional que un agente llegue á ocuparlas. Para ello se necesitan servicios extraordinarios y de gran importancia y relieve. El antiguo agente Poisson, que se hizo célebre por la captura del anarquista Emilio Henry, es hoy en día inspector principal en la brigada de carruajes.

Los guardias de la Paz disfrutan de pensión de retiro, teniendo derecho á ella desde que cumplen quince años de servicios, plazo que les habilita para obtener un retiro de 660 francos; á los veinticinco años, la cuantía de la pensión se eleva á 1.150 francos.

Son muy pocos los que llegan á cumplir veinticinco años, pues el servicio es terriblemente pesado y acaba con las mejores constituciones. Como prueba elocuente de las penalidades que sufren los agentes, véanse las siguientes estadísticas oficiales.

Año 1904.— Agentes mordidos por perros, 66; heridos graves que ingresaron en los hospitales, 155; heridos menos graves asistidos en sus domicilios, 340; quedaron convalecientes del año anterior, 219.

Año 1906.—Mordidos por perros, 23; heridos graves que ingresaron en el hospital, 149; menos graves curados en su casa, 448; convalecientes, 175.

De 80 fallecimientos ocurridos en esos años, las tres cuartas partes fueron debidos á la tuberculosis. Esa terrible enfermedad es la plaga que se ceba y diezma á los agentes, siempre expuestos, día y noche, al frío, al viento y á la lluvia.

En la desigual batalla que á todas horas se halla empeñada entre 8.000 agentes y el formidable ejército de *apaches*, cuyo número no bajará de 60.000, se experimentan sensibles bajas de los abnegados guardadores de nuestra seguridad. El martirologio de los guardias de la Paz va aumentando de año en año, y los cuadros en que figuran las abnegadas víctimas del deber van llenándose de nombres y más nombres, que elocuentemente predican el valor y la abnegación que debe imitarse llegado el caso, á los que, desprovistos de preocupaciones, llegan cada año á reemplazar á los que por unas ú otras causas fueron baja en las listas del ejército de la Paz.

Hemos bosquejado muy á la ligera lo que son y cómo viven los súbditos de M. Lépine, los guardias de la Paz de París. Ni el espacio de que podíamos disponer ni nuestra insuficiencia, nos han permitido complacer á los lectores de esta Revista, cuya mayoría, al igual que los agentes parisienses, es digna de que ante ella se incline con respeto y gratitud la gente, pues dignos son de tan justo homenaje los modestos y obscuros héroes del cuotidiano y penoso deber.

M. Ruiz Mompó.

Nuestros sorteos

En el correspondiente al día 30 de abril han resultado favorecidos los señores siguientes: D. Juan Ripoll, guardia civil, Ibiza (Baleares); D. Manuel García, guardia civil, Gracia (Barcelona); D. Jaime Vidal, carabinero, Son Servera (Baleares); D. Félix Benito, carabinero, Río Manilva (Málaga); D. Matías San Modesto, músico del batallón Cazadores de Estella, núm. 14, Olot (Gerona); D. Constantino Herrero, cabo de Guardia civil, Cofrentes (Valencia); D. Antonio Martínez, guardia civil, Saucejo (Sevilla).

A todos se les han enviado los regalos en la forma ofrecida.

Carnaval trágico

El último día de Carnaval ocurrió en Rennes una escena trágica, por las circunstancias en que se efectuó.

En una cervecería atestada de parroquianos y de máscaras, se estaba celebrando una de esas orgías desenfrenadas con que las gentes pretenden divertirse en el período de tiempo que parece que está consagrado al desenfreno loco y al bullicioso jolgorio. Estudiantes y mujeres libres se batían furiosamente á puñados de *confetti*. Una muchacha, disfrazada de *bebé*, subida sobre una mesa de billar, dominando á sus adversarios, hacía caer sobre ellos una abundante lluvia de los multicolores papelillos.

Cerca del billar, un joven escribía una carta y luego de terminada y encerrarla en un sobre, se dirigió hacia la desenvuelta mascarita y se la entregó, sacando en seguida un revólver, alojándose una bala en el pecho, en medio de una gritería infernal y de exclamaciones y hurras de alegría de la concurrencia, que creía que se trataba de una carnavalesca pantomima.

Sin embargo, al ver caer al supuesto bromista, con la cara desencajada y arrojando sangre, el silencio se hizo, se condujo al inanimado cuerpo al hospital, donde ingresó ya en el período agónico, interrumpiendo el trágico suceso la velada de alegría y de placer de la desenfrenada gente congregada en la cervecería *El Gallo de Oro*.

© Biblioteca Nacional de España

Persecución científica del crimen

Constantes descubrimientos

Bertillon, el hombre de universal renombre, es incansable. Basta abrir cualquier obra moderna de Medicina legal, para comprobar que la sociedad le debe, en gran parte, los notables métodos científicos que hoy en día presiden toda clase de instrucciones criminales. La Antropometría, que tantos vuelos tomó en los últimos años, los medios de identificación de los individuos sospechosos, que cada día adquieren nuevos perfeccionamientos y que tanta importancia revisten; la fotografía judicial, reveladora de tan preciosos indicios, son obra suya. Y dedicado por completo á la labor, la perfecciona y la completa cada día.

Su última invención, un cesto especial, llamado *bertillona*, es tan ingeniosa como sencilla, y, á no dudar, utilísima. Se trata, en efecto de un cesto maleta, dispuesto de tal modo, que los objetos embalados en él, tales como vasos, botellas, platos, etc., se conservan en tal forma, que guardan incólumes las huellas, las marcas ó las señales que sobre ellos dejaron los dedos de los criminales. Ahora bien, poseer la fotografía de tales huellas es muchas veces para el juez instructor de una causa, como ya sabemos, el único medio hábil para poder afirmar la intervención de tal ó cual individuo, en tal ó cual crimen, acudiendo, según se sabe, al examen dactiloscópico. Calcúlese, pues, la importancia del invento nuevo, que al impedir se borren las huellas, facilitará grandemente las investigaciones judiciales.

Esta es una de la innumerables manifestaciones de la ciencia de Bertillon y de sus entusiastas y aprovechados discípulos. Reflexiónese en lo que sucedía hace treinta años en la instrucción de cualquier causa y en los medios que hoy se ponen en juego, y se vendrá en conocimiento del progreso constante de la ciencia. Hace treinta años, un médico forense experto é ilustrado creía haber hecho todo lo posible y desempeñado concienzudamente su misión luego de haber practicado la autopsia que se le encargaba; luego de haber analizado, por los medios que tenía á su alcance, el líquido sospechoso que se le remitía; luego de haber rebuscado la presencia de un veneno en las vísceras del que sucumbía de muerte sospechosa. Por lo demás, el juez de instrucción tampoco pedía otra cosa.

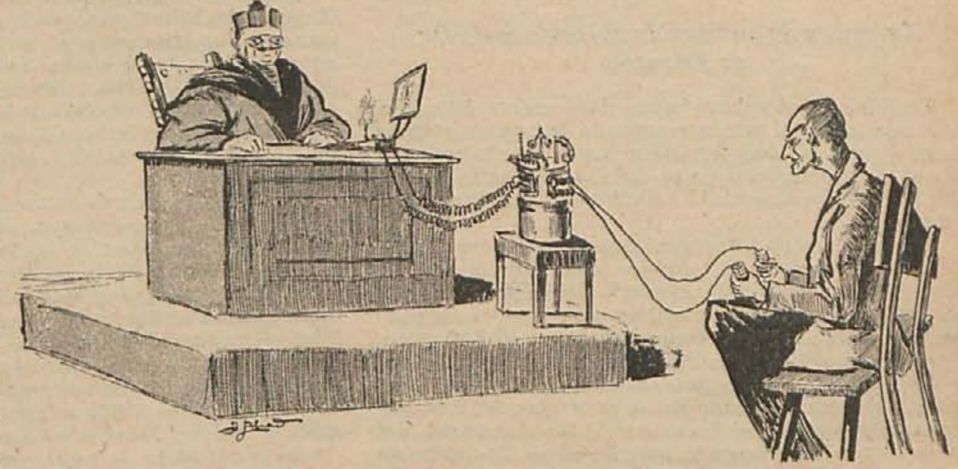
No hay que pensar siquiera en que hace años se le ocurriera á nadie la que parece, á primera vista, peregrina idea de hacer examinar por peritos técnicos un tapón de algodón que un acusado afirma haber tenido en la boca durante seis horas, á guisa de mordaza, puesta por unos asesinos, ocho meses antes. Sin embargo, hace poco tiempo, M. André, juez educado en la escuela de Bertillon y entusiasta de sus procedimientos, ha concebido la que parece disparatada idea, y el Dr. Balthazard, notable químico, á quien se le confirió el extraño encargo, encontró la cosa de lo más natural del mundo. Examinado atentamente con el microscopio, sometido después á minuciosas y delicadas manipulaciones químicas, no ha acusado el algodón ninguna de las reacciones características de la saliva, ni huellas de las células que tapizan el interior de los labios y de la boca. El Dr. Balthazard ha dictaminado sentando en absoluto la afirmación de que el puñado de algodón de que se le confirió el examen, no ha estado nunca en contacto con una boca humana.

Esta ha sido una de las curiosas y concluyentes pruebas que han demostrado una vez más los embustes y mentiras de que ha hecho gala Mme. Steinheil, la ya famosa protagonista del ruidoso *affaire* que tanto apasionó á la opinión francesa y aun á la del mundo entero y cuya solución es esperada con interés.

* * *

Los modernos dominios judiciales de la ciencia son ya realmente de vasta extensión; pero ¿no podrán ampliarse todavía? Tal es la opinión general, eso se afirma y ya se llega á sostener elocuentemente que en los procesos embrollados y obscuros, el juez instructor tendrá que acudir á los métodos de la psicología experimental. Relacionado con este orden de ideas, un sabio americano canta las excelencias de un procedimiento que no está exento de cierta originalidad.

Lo expondremos brevemente: supongamos que se trata de un individuo detenido porque se sospecha, con visos de fundamento, que ha incendiado las mieses amontonadas en una era, y que niega terminantemente su intervención en el hecho perseguido. Para cerciorarse de su culpabilidad ó inocencia, se escriben en una hoja de papel una veintena de palabras, de las que dos ó tres deben relacionarse de un modo directo ó indirecto con el crimen cometido. Se presenta esta lista al acusado y se le invita á pronunciar en alta voz y lo más rápidamente que pueda las palabras que se le ocurran á la vista de cada una de las de la lista, ó al leérselas, si no sabe él. Dice el sabio americano, que es un hecho, que se comprueba fácilmente, que para las palabras que no se relacionan con el crimen, la respuesta se da casi en seguida. A la palabra *imprenta*, por ejemplo, se responde sin titubear *libro, diario, letras, lectura*, ó cualquiera otra análoga. A las palabras significativas con relación al crimen, como *fósforo*, por ejemplo, responderá también rápidamente si es inocente; pero si es culpable, no sucederá así y se le verá vacilar y aun palidecer, respondiendo algo que aunque se relacione con *fósforo*, no tenga conexión directa con el hecho criminal, como *luz, cigarro, bujía*, etc., y si por acaso pronunciara las palabras *fuego, incendio*, no lo hará sino después de cierta reflexión, con cierto recelo y retardando la respuesta, retardo que un aparato especial permitirá apreciar en fracciones de segundo.



Con este aparato los procesados no podrán mentir sin que el juez se entere. ¡Se acabaron las coartadas hábiles!

© Biblioteca Nacional de España

Tal es la teoría del doctor americano. Si resulta ó no en la práctica, bien sencillo es de averiguar, pues á bien poca costa puede ensayarse en los casos que se presenten. Nuestros lectores que por su profesión estén encargados de instrucciones judiciales, nada han de perder con experimentar la idea y el procedimiento.

* * *

Adelante y siempre adelante. Tal es la divisa de la humanidad, y respondiendo constantemente á su imperativo mandato, todo avanza, todo se perfecciona, y cada día vemos surgir maravillas en todos los órdenes de la vida. Dos notables psicólogos acaban de inventar una máquina para descubrir *¡¡la mentira!!*

No crea el lector atónito é incrédulo que se trata de un infundio fantástico; la cosa es seria. La tal maquinita es sencillamente una pila eléctrica, en cuyo circuito se coloca un galvanómetro y una lamparita, cuya luz se refleja en un espejo. Su funcionamiento se basa en el hecho rigurosamente cierto y comprobado, de que toda operación mental, por ejemplo, la que consiste en responder á una pregunta determinada, desarrolla una corriente eléctrica, cuya intensidad es proporcionada al esfuerzo psíquico requerido por la respuesta. Sabido esto, fácilmente se adivina lo que ha de suceder cuando durante un interrogatorio se obligue á un procesado á tomar en sus manos los dos reóforos de la pila. Si en sus contestaciones no disimula la verdad, si dice sencillamente lo que sabe, la corriente eléctrica que hace nacer la operación mental será sensiblemente de la misma intensidad, sin variaciones bruscas, y, por lo tanto, la luz de la lamparita apenas sufrirá variación. Pero como quiera que el mentir, y más aún mentir correctamente, exige un esfuerzo cerebral considerable, la corriente aumentará su potencia y á cada mentira, la diferencia de intensidad hará que se eleve la luz bruscamente. Examinando atentamente el espejo reflector, podrá el juez que interroga cerciorarse de la sinceridad del acusado.

Por lo dicho á grandes rasgos, sin entrar en disquisiciones científicas referentes á la máquina descubridora de mentiras, se juzgará de su ingeniosidad. Claro es que no podemos garantir la certeza de los resultados que en la práctica pueda dar. Nuestra conciencia queda á salvo con decir que esta maravilla la hemos visto detalladamente explicada y representada en grabados en una notable y acreditada Revista extranjera.

* * *

Lo que es muy digno de tenerse en cuenta, y no habrá pasado inadvertido á la ilustración de nuestros queridos lectores, es que los procedimientos de investigación judicial en uso en los modernos tiempos tienen gran analogía con los métodos que ordinariamente se utilizan en medicina. ¿Es una mera casualidad? ¿Proviene, quizás, esta similitud de que el criminal es, realmente, un enfermo, como se viene afirmando desde hace ya tiempo? Sea lo que sea, no es ahora ocasión de dilucidarlo; lo que no ofrece ningún género de duda es que todo lo que robustece ó debilita la salud pública, ó, para hablar, quizás, más propiamente, el medio social influye y se refleja sobre la marcha de la criminalidad.

Muchas y muchas veces se ha comprobado, por el elocuente testimonio de las cifras de serias estadísticas, que en los años de buenas cosechas, en los años en que el precio del pan baja, en los años que estas circunstancias los hacen más felices para la gente, el número de crímenes y de delitos de todas clases disminuye. Por demás sabido es la perniciosa influencia del alcohol sobre el cerebro, que hace que la gente á él aficionada se deje llevar á actos lastimosos; pues bien: la curva de la criminalidad se eleva de un modo considerable en los años de gran cosecha de vino.

Todo el mundo sabe también que la vida del campo es más sana que la de las grandes ciudades; los delitos de todo género son cuatro veces más frecuentes entre los habitantes de los grandes centros de población que entre los campesinos. Nadie ignora tampoco que nuestro equilibrio psíquico y moral está influenciado considerablemente por las condiciones meteorológicas: las estadísticas unánimemente declaran que los crímenes pasionales aumentan en primavera y al principio del estío, esto es, en la época del hermoso y espléndido despertar de la naturaleza. Muchos hechos análogos podrían citarse. Todo parece influir en la criminalidad, y no hay factor que deba despreciarse, si en serio quiere estudiársela. Así es que los climas, la configuración y hasta composición del terreno, el estado magnético de la atmósfera, todo debe tenerse en cuenta desde el punto de vista de su influencia más ó menos directa con el crimen.

Hay, por lo tanto, sobradísimas razones para poder afirmar que el crimen es una modalidad de la vida social, una de sus consecuencias fatales é ineludibles, como lo son el nacimiento, la unión sexual, la enfermedad y la muerte, y siendo esto así, se comprende la analogía de procedimientos de magistrados y médicos, y se comprende también que para diagnosticar el crimen, acudan los jueces á los métodos que la Medicina emplea para reconocer una enfermedad.

DR. JUAN F. S. LONSE.

La Mano Negra

La novela de un bandido presunto matador de Petrosino.

En números anteriores hemos dado cuenta del misterioso asesinato del policía americano Petrosino, víctima de los feroces afiliados á la Mano Negra, y de la sospecha de que el desdichado *detective* había descubierto el complot tramado para asesinar á Roosevelt durante su viaje á Italia.

Ahora podemos informar á nuestros lectores de que de las investigaciones practicadas por la Policía para enterarse de quiénes son los asesinos del famoso *detective* yanqui Petrosino, parecen resultar indicios que establecen la culpabilidad del célebre bandido Failla Mulone. Este, que es siciliano, hállase afiliado á la Mano Negra.

Dícese que Petrosino, días antes de su muerte, estuvo en Caltanissetta, de donde Failla es originario. Y se asegura que el bandido siciliano volvió de la América del Norte, donde había buscado refugio, pocos días antes de ser cometido el misterioso asesinato.

La Policía busca, pues, á Failla Mulone. Con tal motivo, los periódicos sicilianos hablan del famoso bandido y recuerdan la trágica historia que fuera causa determinante de su carrera de crímenes.

Failla Mulone era pastor en la región montañosa de Girgenti. De bella figura, joven y apuestísimo, gozaba de grandes simpatías entre el bello sexo. Cuando los domingos bajaba de las montañas dirigiéndose á Canicatti, donde vivía su familia, todas las muchachas le sonreían y se manifestaban deseosas de bailar con él. Pero una de ellas, muy bonita, llamada Rosa, fué la escogida por Failla Mulone. Declaróla su amor, y ella aceptólo llena de júbilo.

El idilio fué turbado por uno de los propietarios más ricos de la comarca, que, enamorado de Rosa, quería hacerla su amante. Failla, enterado de sus propósitos, decidió casarse con su novia, esperando de este modo hacer desistir de ellos al propietario, cuyas persecuciones tanto pánico causaban á Rosa. Preparólo todo, y una noche celebróse la boda en la iglesia de Canicatti, con asistencia de casi todo el pueblo. Después de la fiesta y del baile, iban á retirarse los nuevos esposos, cuando llegaron á la casa tres policías y dijeron que tenían orden de detener á Failla Mulone. Este protestó indignado.

—¿Por qué se me detiene?—preguntóles.

—Por contrabandista.

—¿Quién me ha denunciado?

© Biblioteca Nacional de España

—No lo sabemos.

—Pues bien, no me iré con vosotros. ¡No me separaréis del lado de mi esposa!

Esta lloraba. Los concurrentes á la boda vociferaban furiosos, diciendo que era una infamia lo que ocurría. Los agentes, sin curarse de ello, avanzaron para prender á Failla. Este resistióse, y uno tras otro derribóles en tierra. Acudieron varios carabineros, y después de una lucha encarnizada, maniataron al pastor, que llorando de rabia, pasó en la cárcel la noche que contaba pasar al lado de la mujer adorada.

Estuvo preso ocho meses. En la cárcel supo que el rico propietario pretendiente de Rosa había sido el causante de su malaventura. Salió al fin de la prisión, y asombrado de que Rosa no le hubiera visitado en ella ni una vez siquiera, dirigióse á Canicatti para saber noticias. En la aldea le aguardaba una sorpresa terrible. Rosa, la esposa adorada, le había sido infiel. Vivía con el culpable del encarcelamiento de su marido, en una de las posesiones de que aquél era dueño.

Loco de dolor y de cólera, juró vengarse. Compró una carabina y municiones en abundancia, y comenzó á rondar por los alrededores de la finca en que Rosa vivía. Una tarde, á la hora del crepúsculo, vió á los culpables salir muy juntos de la casa. Paseaban tranquilos y rientes por los senderos de un jardín que rodeaba el edificio. Failla avanzó encorvado, y emboscóse tras un rosal. De esta guisa aguardó á que se le acercaran los amantes. Cuando les tuvo á pocos pasos de él, púsose en pie, y gritó con voz terrible:

—¡Morid, miserables!

Ambos se volvieron sobresaltados. Ante ellos se erguía, vengativo, pálido, terrible, Failla Mulone. El quiso huir; ella, implorar clemencia; pero no tuvieron tiempo. Sonaron dos detonaciones, y ambos se desplomaron en tierra moribundos.

Cumplida su venganza, Failla Mulone huyó á las abruptas montañas de Girgenti. Los *carabinieri* le persiguieron con encarnizamiento, sin poder darle alcance. Para vivir, y encontrándose fuera de la ley, se hizo bandido. Y entonces comenzó su vida de crímenes. Ha sido mucho tiempo el terror de la comarca. Ha matado, que se sepa, siete *carabinieri*.

En cierta ocasión, viéndose casi rodeado, abandonó las montañas de Girgenti, y con un nombre supuesto salió de Sicilia. En Nápoles embarcóse para Nueva York, y ya en la gran metrópoli yanqui, afilióse á la Mano Negra. Y como ya decimos más arriba, créese que esta tenebrosa Sociedad envióle á Sicilia para preparar el asesinato de Petrosino.

Los remordimientos de un niño.

Padre atribulado que le denuncia á la Justicia.

En Madrid, hace unos días, fué encontrado moribundo en la plaza del Carmen un niño de ocho años, que tenía completamente vaciado un ojo y fracturada la base del cráneo. Murió por la noche, y los periódicos, al día siguiente, dieron la noticia, haciendo constar que no se sabía quién había sido el autor.

Ahora ya se sabe, y merece referirse, porque es interesante y conmovedor, el modo cómo se descubrió.

Leyendo al día siguiente el suceso á su familia, un padre honradísimo, que se hallaba de sobremesa en el comedor de su casa, observó que su hijo mediano, llamado Casto García, se ponía intensamente pálido. Cuando apenas aquél y su mujer empezaban á comentar, horrorizados, el triste suceso, el muchacho se arrojó, llorando, á los pies de su padre, y le dijo balbuciente:

—Ese niño, padre mío, lo he matado yo.

El matrimonio se quedó aterrado. Era tan inesperada y grave la revelación que acababa de hacerles su hijo, á quien tenían en un concepto inmejorable, que hasta dudaban de sus palabras. Pero la actitud de éste, su palidez y las lágrimas copiosas que brotaban de sus ojos, eran factores que contribuían á dar realidad á la terrible confesión. Al fin refirió entre sollozos y suspiros el hecho. Fué una de esas espantosas fatalidades de la vida, que bastan para amargar eternamente una conciencia. Casto se peleó en la plaza del Carmen con un chico de su edad, porque con unos aros le estropeó la envoltura de un encargo que llevaba en la mano. Al lavarse las manos en la fuente próxima observó que tenía sangre en la mano, y volvió adonde estaba su enemigo, para decirle:

—Otra vez procura ir con más cuidado, porque mira... ¡me has hecho sangre!

El otro le amenazó con un pedazo de madera que llevaba en la mano, y Casto forcejeó para arrebatársela de las manos. Después de una breve y desesperada lucha lo consiguió; pero al dar el tirón definitivo para quedarse él dueño del madero, tuvo la inmensa desgracia de darle á un niño que tenía á sus espaldas.

Volvió la vista para ver si le había hecho daño, y ya lo vió en el suelo, con la cara llena de sangre y tumbado de espaldas, completamente inmóvil. Casto huyó lleno de espanto y ocultó á todo el mundo lo que había ocurrido. Pero al oirlo leer á sus padres, la conciencia le remordía y no pudo callarlo por más tiempo.

Desde aquel momento la madre empezó á ser víctima de frecuentes ataques nerviosos y á perder la salud. El padre, por otro lado, estuvo unas horas luchando entre el deber y el cariño, sin saber qué partido tomar.

—¿Ocultaré la imprudencia de este pobre hijo mío, ó le entregaré yo mismo á la Justicia?...

La situación del desgraciado padre era crítica y grave. Su honradez y escrupulosidad se sobrepusieron á los sentimientos paternales, y con el alma destrozada por la angustia, cogió al fin á su hijo y lo llevó al Juzgado de guardia.

El desventurado muchacho, que tiene catorce años, ha ingresado en la cárcel. El caso es verdaderamente conmovedor.

El timo del pantalón

En Lille, la Policía ha detenido á un sujeto que había descubierto y practicado frecuentemente un ingenioso procedimiento de estafa.

Se paseaba por las calles como un burgués ocioso, y llevaba puesto un pantalón que tenía un roto imperceptible.

Era un desgarrón, que el estafador cubría con un hilo preparado convenientemente.

Apenas pasaba este sujeto al lado de cualquier individuo que llevaba consigo un perro, azuzaba hábilmente al animalito, quitaba el hilo del pantalón, descubría el roto y simulaba que era el perro quien se lo había desgarrado.

Con este motivo le armaba una escena terrible al dueño del perro, y el dueño acababa, por regla general, dándole una indemnización, á fin de poner término al escándalo.

El timo del *hilito* ha sido descubierto, y el ingenioso timador ha dado con sus huesos en la cárcel.

Para averiguar si están ausentes los habitantes de un cuarto, utilizan los *espadistas* ó ladrones de pisos unos taruguitos de madera, á los que dan el nombre de *pericos*, y que colocan bajo la puerta. Si al volver, á las veinticuatro ó cuarenta y ocho horas, los encuentran en el mismo sitio, es señal que nadie entró ni salió de la casa, y entonces dan el golpe sobre seguro.

¿No sería útil que los porteros se fijaran en esos *pericos*, para quitarlos, con lo que quizá se evitaría algún robo?

© Biblioteca Nacional de España

El ejecutor de la Justicia en los Estados Unidos

Mientras en todos los países que conservan en sus Códigos la pena de muerte no ofrece dificultad alguna llenar la vacante dejada por el verdugo, en los Estados Unidos se planteará á la Justicia un verdadero conflicto el día que muera ó se retire del oficio Edward Davis, maestro de altas obras de la República norteamericana.

Esa dificultad de sustitución estriba en que Davis es el único hombre que ha ejecutado criminales por la electricidad, y además, es inventor del terrible aparato que se emplea en los Estados Unidos para las ejecuciones capitales, y como tal inventor posee patentes, que se niega á vender á aquel Gobierno á ningún precio.

Davis, que era hace algunos años mecánico electricista en una fábrica, no sólo ideó, como decimos, el «sillón eléctrico», sino que, merced al estudio detenido que ha hecho del organismo humano, sabe apreciar de una sencilla ojeada el número de voltios que necesita cada reo, según su temperamento, para lanzarlo en breves instantes á la eternidad. Este ejecutor científico marra pocas veces el golpe; sus espantosas descargas eléctricas producen la muerte en el acto, ó al menos, la insensibilidad antes de la muerte.

Mucho tiempo antes de ofrecer al Gobierno sus servicios como electrocutor, estuvo Davis perfeccionando sus lúgubres chirimbolos, siendo innumerables los gatos, perros, cerdos y otros animales sacrificados por él durante el período de ensayos.

Cuando el aspirante á verdugo-electricista presentó en el Senado sus proposiciones, fueron éstas tomadas á risa. No faltó, sin embargo, algún respetable padre de la Patria que viese en los procedimientos inventados por Davis un medio rápido y humanitario de quitar la vida, siempre que, naturalmente, funcionase el aparato de modo satisfactorio.

Tras de algunas discusiones quedó adoptado el «sillón eléctrico», con carácter temporal, nombrándose á Davis electrocutor del Estado por cierto espacio de tiempo. Las dos ó tres electrocuciones que tuvieron efecto durante aquel período fueron tan perfectas, que Davis quedó confirmado en su cargo, con el sueldo de 150 dollars por cada *operación*, adoptándose por el Estado de Nueva York la electrocución como sistema oficial de quitar la vida.

Davis es un hombrecillo pacífico y nada comunicativo. Habla cuando le preguntan, y en este caso es afable por todo extremo. Gústale ocuparse de sí mismo y de sus espantosos artefactos. Cual si quisiera distraer su imaginación del triste deber que, por misión de la ley, le incumbre, viaja sin descanso de un lado para otro, deteniéndose brevísimo tiempo en los lugares que visita.

Cuando va á llevarse á cabo alguna ejecución, dirígese Davis á la cárcel donde se halla el condenado, un par de días antes de la fecha fatal; inspecciona detenidamente el cuarto destinado á las justicias, los generadores de energía eléctrica, el sillón, los cables, etc., yéndose luego á dar un largo paseo por el campo. La víspera de la ejecución se acuesta temprano, ocupando un departamento cercano á la cámara eléctrica, y allí se entrega á un sueño tranquilo, después de encargar que le dejen dormir toda la noche.

Levántase á primera hora de la mañana, y tras un copioso almuerzo, seguido de una nueva inspección de la cámara, pónese á las órdenes de la Justicia. Al penetrar ésta en la cámara con el reo, Davis ocupa ya su puesto al lado del sillón. En un abrir y cerrar de ojos queda sujeto al aparato el condenado por los ayudantes del verdugo, quien dirige imperturbable la colocación de los electrodos, capacete metálico y abrazaderas sobre el cuerpo del reo. A una señal dada, Davis oprime el conmutador y deja actuar la corriente hasta que los facultativos comprueban la muerte del condenado.

Atrocidades de un bandido

Juan Bukler.

Juan Bukler, conocido con el sobrenombre de *Schindenhannes*, fué un terrible bandido del condado de Catozon Elembogen, y nació en Nastetten en 1779.

Desde muy joven capitaneaba una cuadrilla de holgazanes, que se dedicaban al asalto de los convoyes de víveres destinados al ejército francés del Rhin.

Perseguido vivamente por las autoridades, Bukler se convirtió en ayudante del verdugo de Boerembach, hasta que habiendo cometido un robo, fué condenado á presidio.

Escapó, sin embargo, de éste, y entonces se alistó en una compañía de garroteadores ó incendiarios, que cometían los crímenes más abominables, hasta que volvió á ser preso y encerrado en las cárceles de Sarrebruk.

La audacia que desplegó para libertarse de esta prisión, rompiendo las esposas y argollas con que le tenían maniatado, fracturando, además, las puertas del calabozo, le dieron gran celebridad, y en breve pudo reunir una cuadrilla de gente desalmada, que había declarado la guerra á los mercaderes judíos y á la gente rica del país.

Tales fueron los horrores que cometió, que bastaba una simple intimación verbal suya para que compareciesen á su presencia los aldeanos ricos á entregarle la contribución ó impuesto que les exigía; y cuando quedaba satisfecho de su prontitud, les entregaba un salvoconducto para que pudiesen recorrer tranquilamente el país, sin que los demás bandidos se metiesen con ellos.

A los que se negaban á dar lo que pedía, los secuestraba y los hacía perecer en medio de los más horribles tormentos.

Uno de ellos consistía en colgarlos de una escarpia y abrasarlos á fuego lento, hasta que ofrecían pagar.

Lo más común era hacerles mutilar de un modo horrible, dejándoles después en libertad, desangrándose, exánimes, «para que, como él decía con cínica crueldad, no se perpetuase la casta de los avaros».

Cítase de Juan Blukler un hecho que demuestra su extremada ferocidad.

Caído en su poder un mercader bastante rico de Sarrebruch, con toda la familia, que se componía de esposa y tres hijas, la menor de pecho, viendo que no lograba obtener la suma que le pedía y que el desdichado aseguraba no poseer, empezó por mandar degollar, á su presencia, á la tierna criatura, y luego, sucesivamente, á sus otras dos hijas y á su mujer, obligándole á beber la sangre de ésta.

Acto seguido nombró un tribunal, compuesto de los bandidos que le habían ayudado á cometer tan horrendos crímenes, é hizo condenar al mercader á ser ahogado en un río, colgándole al cuello los cadáveres de toda su infortunada familia.

Tras una activa persecución, los agentes de Napoleón y la Gendarmería de la orilla derecha del Rhin obligaron á Bukler á refugiarse en Alemania, siendo reducido á prisión por el alcalde de Leimburgo.

Hallándose sentenciado á muerte en Maguncia, tuvo la osadía de escribir á Napoleón pidiéndole le confiase el mando de un Cuerpo de soldados á quienes no pudiese sujetar la severidad de la disciplina militar, para poner con ellos á contribución á Inglaterra, cuando se llevase á cabo la invasión que proyectaba el emperador de los franceses.

El terrible Bukler fué ejecutado en Maguncia el 21 de noviembre de 1803, sentenciado por un Tribunal especial.

En Alemania, Austria, Dinamarca y Suecia se condena muy rara vez á muerte á los delincuentes. En Nueva York, de cada doce asesinos, once se escapan sin castigo, y en todos los Estados Unidos sólo uno de cada cincuenta sufre la pena capital.

MADRID.— Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.

© Biblioteca Nacional de España